



## OTRO ACADÉMICO

### I

**N**O me refiero al señor ministro de Ultramar, que acaba de entrar en la Academia de la Lengua, sino al Sr. Menéndez y Pelayo, que pocos días antes había entrado en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Si todos los académicos fueran como Menéndez y Pelayo, poco se podría decir contra las academias oficiales, á no ser considerándolas como organismos universitarios envejecidos. En Menéndez y Pelayo se juntan las cualidades que suelen faltar por completo ó estar de nones en sus colegas. El académico ordinario es el que ni merece serlo antes de entrar en la Corporación, ni después de entrar; el que no tiene títulos para tanto honor, ni, una vez conseguido el honor, trabaja para redimir



el pecado original. Tampoco suele faltar el académico laborioso, oscuramente útil, que entró sin méritos, y después, por su actividad, conquista la justicia del título; y, por último, abundan los académicos ilustres que no llevan á tales centros más que el brillo de su fama; éstos son los que dan esplendor, pero no limpian. Menéndez y Pelayo es de los pocos que, siendo en letras y ciencias tan ilustres ya como cualquiera, limpian, fijan, y friegan y barren, y cumplen con todos los menesteres de la casa, como si dentro de ella tuvieran que conquistar un nombre insigne.

El autor de *La ciencia española* es á estas horas individuo de número de las tres Academias oficiales, de la Lengua, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas. En la primera entró en día que es ya célebre en la historia de nuestras letras; en la segunda le vimos penetrar mediante la lectura de aquel hermoso estudio del *arte de la historia*, que es una de las monografías más excelentes que salieron de pluma española en nuestro siglo; y ahora en el recinto en que acaba de resonar la voz varonil y elocuente del sabio y concienzudo Azcárate, Marcelino inaugura sus tareas con un capítulo admirable de la historia de la filosofía, particularmente tratando del escepticismo y de los antecedentes españoles de la escuela crítica de Kant.

Muy mal intencionado tenía que ser el que pretendiera que viésemos en esta docilidad con que Menéndez y Pelayo se deja llevar á una y otra Academia, prurito de vanidad.—En España, por lo pronto, es difícil que á una persona de cierto mérito y de cierto talento le halaguen ya ninguna clase de honores, cargo oficial alguno, habiendo sido profanadas todas las magistraturas, todas las grandezas ostensibles y aparatosas por la ineptitud más franca, por la nulidad más absoluta.—El que dijera que á Menéndez y Pelayo le halagaba el ser una vez más académico, le ofendería; no por la suposición de que fuese vano, sino por no reconocerle la conciencia, que él debe de tener, de que con ser Menéndez y Pelayo es mucho más que con poseer cuanto honor las Academias le puedan dar.

En España hemos llegado á la anestesia en punto á vanidades cortesanas y otras por el estilo; cualquier hombre de algún mérito positivo, que ha conseguido, por sus fuerzas y sin aparato de cancillería ni cosa semejante, un puesto de honor en la opinión pública, está curado de la manía de los honores y oropeles políticos y otros de su especie. Tanto imbécil ha sido cuanto hay que ser, que ahora aquí las grandezas humanas sólo pueden desearse si llevan anexos buen sueldo y derechos pasivos.



Si Menéndez y Pelayo hubiera podido temer que persona alguna de buen sentido pudiera ver un prurito vanidoso en sus títulos académicos, hubiera pasado sin ellos, como pasa sin el reclamo de la prensa diaria, como pasa sin un bienestar económico, á que tiene derecho por los trabajos ya cumplidos; como pasa sin la atención constante y reflexiva y bien educada de un pueblo inteligente, de una masa de lectores de cultivado espíritu, numerosa, entusiasta, laboriosa, que fecunde las enseñanzas de un sabio crítico.

Marcelino, por poco orgullo que tenga, mejor; C por muy modesto que sea, creará que tiene derecho á pensar que nadie sospecha que puede ser en él motivo de vanidad ser compañero de... A, B, C (por ejemplo algebraico), en las tres Academias nombradas.

¿A qué fué á la Española Menéndez y Pelayo? A trabajar. ¿A qué á la Academia de la Historia? A trabajar. ¿A qué va ahora á la de Ciencias Morales y Políticas?... A ver si allí también se puede trabajar.

Cabe que se censure á un Emilio Zola, que después de conquistar la gloria á fuerza de ingenio, quiere conquistar una silla, ó butaca, ó lo que sea, de académico, á fuerza de visitas. ¿A qué va Zola á la Academia, si va? A vencer. No á trabajar; él trabaja en casa.

Pero Menéndez y Pelayo está en España, donde todavía hace falta el esfuerzo colectivo y con protección oficial para cierto género de propagandas intelectuales, de cultura general, y la eficacia de muchos esfuerzos de nuestro sabio sería mucho menor si él no pudiera emprender determinados trabajos desde las Academias.

Y basta de este asunto, que sólo he tomado para que no se extrañe que, creyendo yo tan poco apetecible el *lauro académico* y tan poco floreciente la vida de estas colectividades, no critique, sin embargo, al ilustre profesor de literatura al verle alternando nada menos que con los señores *morales* y *políticos*.

## II

No era de esperar que Menéndez y Pelayo escogiese para tema de su discurso de recepción uno de esos *problemas sociales* que nuestros hombres prácticos resuelven con mares de tinta y de frases hechas. Tomar la sociedad en peso, decidir con un poco de álgebra de derecho político, más ó menos inglés ó norteamericano, de la suerte de la complicadísima raza humana, se queda para esos buenos señores que se creen muy positivos y serios, cuando lo que les pasa es que no tienen, no ya reflexión suficiente, ni siquiera bastante imagi-



nación para representarse viva, moviéndose, *rebelándose*, esa realidad, que con llamarla orgánica, por ejemplo, ya querrían tener metida entre ceja y ceja.

Menéndez y Pelayo, como todos los *artistas* sabios y todos los sabios *artistas*, se limita á tratar puntos ideales á fuerza de juzgar formidables é importantes los prácticos. La imaginación grande, que sabe representar la naturaleza viva, viva efectivamente, se abstiene de intervenir, mediante teorías, mediante clasificaciones y encasillados, en el drama misterioso del mundo *apasionado*. La ciencia *social* existe como *desiderátum*, como existe la ciencia de todo lo que tiene un objeto; pero cabe decir, sin ofender á nadie, que las ciencias políticas (en cuanto *ciencia*, no en cuanto resultados parciales de observación y especulación, como v. gr., los de Aristóteles) no han hecho hasta ahora más, en rigor, que prepararle á la futura ciencia posible el papel pautado en que ha de escribir sus lecciones. Y aún queda el riesgo de que esa pauta no le sirva.

No es ocasión de insistir en esta materia; pero osaré suponer que acaso, con ironía ó sin ella, implícitamente se está refiriendo á algo por el estilo Menéndez y Pelayo cuando escribe en la primera y segunda página de su discurso: «Si algo tengo de filósofo, será en el sentido etimológico de la

palabra, esto es, como amante, harto platónico y desdeñado, de las ciencias especulativas. En cuanto á sus aplicaciones al régimen de la vida y á la gobernación de los pueblos, principal y glorioso estudio vuestro, declaro que ni mis hábitos intelectuales, ni el género de educación que recibí, ni cierta invencible tendencia que siempre me ha arrastrado hacia la pura especulación y hacia el arte puro, en suma, á todo lo más inútil y menos político que puede darse, á todos los sueños y vanidades del espíritu, me han permitido adelantar mucho, ni trabajar apenas por cuenta propia, limitándome á admirar de lejos á los que, como vosotros, han acertado á poner la planta en ese firme terreno de las realidades éticas, económicas y jurídicas.»

No sé, repito, si habrá ironía en estas palabras; lo que sé es que después de hacer notar á los señores académicos *morales* y *políticos* que la teoría y la práctica no debieran vivir divorciadas, y que una buena política debe fundarse en una metafísica... Menéndez y Pelayo pasa á tratar del escepticismo y del criticismo, es decir, de los grandes esfuerzos de la inteligencia humana, empleados en negar ó dudar, por lo menos, del valor de nuestro conocimiento.—Si hay algún tema oportuno para ser tratado ante esos cuasi-filósofos y semi-pensadores, que, fundándose en cuatro peticiones de



principios, dan por hecho todo un sistema, para explicar un *credo* político, económico ó moral, es, sin duda, el escogido por el historiador de la filosofía española.

Parecía estar diciéndoles: ¡Vosotros que dáis tan fácilmente con ciertos principios filosóficos que os vienen bien para atribuir aires de solidez á vuestras teorías políticas, á vuestras cavilaciones *sociológicas*, escuchad lo que ha sabido penetrar el pensamiento humano para convencerse á sí propio de su deficiencia!»

En efecto: ¡qué diferencia, v. gr., entre las afirmaciones rotundas (y convertidas en decretos y hasta en *cuatro tiritos*, si le apuran) del Sr. Cánovas, en cuanto hierofante de la monarquía autóctona, y la *afasia* y *acatalapsia* de los pirrónicos! ¡Qué diferencia entre el *ouden oriszo*, no afirmo nada, y el *entiendo yo* de nuestros filósofos parlamentarios!

### III

El discurso de Menéndez y Pelayo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, sin perder su unidad, puede decirse que tiene dos objetos: el primero y general, es el estudio del escepticismo y sus relaciones con la escuela crítica; el segundo y particular, la demostración de que la filosofía

española tuvo importancia en lo que respecta á los antecedentes de ese gran momento de la vida de la ciencia moderna que se llama *La crítica de la razón pura*.

Con la serenidad (que no excluye el calor y hasta cierta pasión) que sabe dar á sus ideas y á sus escritos Marcelino Menéndez, trata ambas materias, y las ordena y subordina, según corresponde, sin apresuramiento, sin *sobrestima* de la especial que á él más le interesa ahora, pero que es secundaria al cabo. No hay que olvidar que el joven académico tiene hace muchos años un pleito, que lleva ganado, con los que muestran interés, no sé por qué, en negar que haya existido en pasados siglos una filosofía española. En este discurso, el defensor del pensamiento nacional se presenta con nuevas probanzas, alguna de las cuales no oculta que le parecen de perlas y le saben á gloria, como cuando, v. gr., les pasa por delante de los ojos el nombre de Renán y una cita oportunísima de su libro recientemente publicado, aunque escrito hace muchos años, *El porvenir de la ciencia*, á los librepensadores que estiman que es pensar libremente negar á nuestros antepasados aptitud para las cavilaciones más ó menos sistemáticas. Si Menéndez, al comienzo de su discurso (no contando aquí con las cuatro palabras consagradas al marqués de Molins, que poco tiene que ver con la filosofía es-



pañola), canta victoria y acumula datos para mostrar, en general, el mérito de nuestra filosofía y el homenaje que fuera de España se le rinde, en seguida abandona la apología (que vuelve á tomar de segunda mano y con notoria imprudencia, por la exageración, el Sr. Pidal) para consagrarse imparcialmente al estudio del escepticismo, examinándolo desde Grecia; y al llegar de nuevo á la filosofía española, entra en su triunfo, es decir, en la demostración de que tuvo Kant precursores en España, sin declamaciones, sin excesos de celo, tranquilo y contundente. Como que resulta que no es él, Marcelino, quien tuvo la ocurrencia de encontrar antecedentes al kantismo en Vives, por ejemplo, sino Hamilton y Lange..., y sobre todo, cualquiera que se tome el trabajo de leer los textos que Marcelino copia del filósofo valenciano.

El único peligro de las demostraciones del sabio santanderino está en que se quiere probar con ellas demasiado; y si él no cae en semejante tentación, allí viene á renglón seguido Pidal, que se precipita en ella de cabeza y haciendo frases. Sucede, leyendo estos dos discursos, el de Menéndez y el de su padrino, que da gana de negarle al último lo que se concede al primero. Lo que en el catedrático es una convicción adquirida por estudio asiduo de primera mano, originalísimo, en cierto modo una invención, en el político-acadé-

mico es una frase hecha, un tópico parlamentario, un banderín de enganche. Los Menéndez y Pelayo (los pocos que haya en algunos siglos) irán haciendo que brote en la conciencia nacional la imagen fiel de nuestro espíritu secular, la poesía y la grandeza de nuestra herencia ideal; pero los Pidales, que á docenas seguirán influyendo en el vulgo, estorbarán en todo lo posible esa gran obra, tan necesaria, y seguirán contribuyendo á que muchos *liberales* crean que lo más fino en materia de historia de España es abominar de los frailes, de los *Austres* y de los Borbones, muy singularmente del pobre Carlos II el Hechizado, que es el infeliz á quien más insultan, tampoco sé por qué, nuestros librepensadores de pacotilla.

Menéndez discute y demuestra narrando, á lo Diógenes, mas siempre sereno y tolerante y comedido; Pidal canta victoria, una victoria que, en todo caso, no es suya, y tira la montera al cielo y desafía á los malandrines que se permiten no ser reaccionarios y además negar la filosofía sin igual de los españoles escolásticos.

Y si fuéramos á buscar motivos, le habría mayor para que se apasionara Menéndez, no Pidal, á quien, en suma, nadie había dado vela en este entierro. Fué Menéndez, no Pidal, quien hace ya muchos años, cuando era casi un niño, se vió atacado por tan poderosos adalides como Revilla,



Perojo y el mismo Azcárate, que le negaban, más ó menos rigurosamente, la filosofía, y en general la ciencia española. Si Azcárate establecía prudentes distingos y empleaba forma muy afable, no así Perojo y Revilla, que llegaron á estar destemplados y á exagerar su negación, nada fecunda. Tampoco Menéndez entonces hacía alarde de estar por cima de ciertas borrascas, ni la forma con que se defendía de los ataques personales semejava en su destemplanza, aunque tenía grandísima donosura en su malicia, la caritativa y noble respuesta que hoy da á los trasnochados varapalos del afrancesado Sr. Guardia; pero lo que se veía desde luego era que Marcelino estaba cargado de razón al sostener que los que negaban la filosofía española no habían estudiado los documentos, que era necesario tener en cuenta para fallar este pleito.

Además, en las palabras que empleaba nuestro sabio, se veía, además de la superioridad que le asistía en aquel caso determinado, otra superioridad general, de que él ya tenía conciencia y que hoy puede ver probada el que quiera hacer con Marcelino lo que él ha hecho con nuestros filósofos: estudiarle.

No hay que confundir las cuestiones. Si para negar la filosofía española, en vez de leer y rebuscar, si no parecen de buenas á primeras, á nuestros filósofos, vale ponerse á definir lo que ha de

entenderse por ciencia y sacar en consecuencia que la filosofía es de una manera particular que no puede coincidir con lo que hicieron como pensadores los españoles de antaño, entonces no es posible discusión, y lo mejor será que unos sigan negando á nuestros filósofos, y Menéndez estudiándolos en compañía de algunos extranjeros. Pero si hemos de ser todos humildes, como está mandado, aunque no sea más que por el imperativo categórico, y hemos de ser sinceros, preciso será reconocer que la principal razón que tenían los más para negar el valor de los libros filosóficos españoles era... que no los habían leído.

Y cuenta que con nada de lo dicho quiero yo dar á entender que para mí tengan todo el valor que él les atribuye los argumentos que Menéndez emplea en pro de su decantada filosofía española. Esto es otra cosa. Pero yo no trato ahora de dilucidar el mayor ó menor alcance de una genial declaración de Renán, ni entro á examinar si á esos doctores alemanes que Marcelino cita podrá haberlos seducido la *novedad del intento* para consagrar sus desvelos á los filósofos españoles. Á mí lo que me importa ahora es hacer notar que Menéndez y Pelayo tiene derecho á mostrarse triunfante, y la parsimonia con que usa, no abusa de su victoria.

¡Es tan simpática, tan bella, pudiera decirse, esta



figura *única* del insigne crítico luchando, por el recuerdo de nuestra conciencia reflexiva, con esta sociedad envejecida, en quien se apaga la luz de la memoria, por perturbaciones cerebrales!

Pero otra cosa es que el Sr. Pidal, que no ha descubierto nada, nos venga con alharacas. La ciencia de los árabes españoles no puede considerarse como filosofía nuestra, ni tiene nada que ver con esas glorias nacionales á que tan felices servicios prestan nuestros declamadores reaccionarios; la filosofía árabe de España no la ha negado nadie, y no hay por qué traerla á cuento. Tampoco es cosa nueva, ni jamás negada, la grandeza de aquellos pensadores españoles que fueron precursores del llamado *derecho natural*. Todos los historiadores de la filosofía de derecho, desde hace mucho tiempo, tomaron en consideración las obras de Domingo Soto y Francisco Suárez y otros españoles, al lado de los trabajos de Melachton, Oldenderp y Winkler al tratar de los antecedentes de la gran idea de Hugo Grocio.

No hace mucho el ilustre Schiattarella, en una monografía acerca de la idea del derecho en la historia, dedicaba grandes elogios y un rápido, pero exacto análisis á las afirmaciones principales, respecto de la esencia de lo jurídico, de esos españoles insignes que con sus célebres escritos demuestran que es infundada la acusación dirigida

por algunos ultramontanos al derecho natural, de ser ciencia *protestante*.

Pero no hay que exagerar ni en un sentido ni en otro. Debemos dar la bienvenida á estos estudios de Menéndez y de esos extranjeros que él cita, que harán imposibles, en adelante, *historias de la filosofía*, en las que se diga, como en el compendio de M. Bouillet, que en España no ha habido más filósofos que *Jacques Balmès*; mas no cabe recibir de tan buen talante las hipérbolos de D. Alejandro Pidal, que quiere sacar en consecuencia de las tesis doctorales alemanas en que se habla de filósofos españoles, opúsculos que ha leído Menéndez y Pelayo, y no Pidal, que los liberales somos unos papanatas, ignorantes y bárbaros iconoclastas de nuestras glorias patrias.

Para reñir con D. Ramón Nocedal, que es otro Pidal á su manera, puede estar bien todo ese garbullo de ciencia ajena y metáforas y epanadiplosis propias. ¡Pero qué tiene eso que ver con la noble, grande y civilizadora tarea de Menéndez y Pelayo!





## CAÑETE

UNA de las *vacantes* académicas de que tanto se habla, es la que acaba de causar el fallecimiento del Sr. D. Manuel Cañete. No era Cañete á la verdadera crítica lo que era Alarcón á la buena novela; pero así y todo, la literatura ha experimentado *otra* verdadera pérdida. No soy yo de los que menos han escrito contra el juicio y el gusto estéticos del reputado crítico de teatros que acaba de morir, y mientras vivió supé desquitarme de pretericiones y desdenes aparentes que me hacían mucha gracia; pero nadie podrá decir que yo haya negado jamás al Sr. Cañete *ciertos* méritos y aun cierta superioridad relativa respecto de muchos de sus compañeros de crítica teatral en estos últimos años. Enseñoreadas la más pasmosa ignorancia, la anarquía del gusto más pintoresca y escandalosa, de la censura periodística referente á las obras de la escena, el Sr. Cañete se levantaba



entre tanto hisopo, si no como un ciprés, á lo menos con la estatura de un hombre ilustrado que sigue una vocación, que viene preparado al ejercicio de su ministerio, y que al atenerse á la estrechez de un canon, al fin se atiende á algo racional, y no al capricho volandero de una imaginación inculta.

Fuera hipocresía verdaderamente sacrílega fingir aquí, ante la tumba de este escritor, una admiración que no siento; pero otra cosa es, ya que de él hablo, como creo oportuno, parar mientes en la ocasión para prescindir de lo menos favorable, en cuanto se pueda, y detenerme en lo que sinceramente creo que fué meritorio en el talento y en el trabajo del antiguo periodista. No he de ser yo quien, añadiendo ociosamente cualidades imaginarias á las que realmente ví en Cañete, haga recordar lo que Tácito dijo con ocasión de las exequias de Druso: *...plerisque additis, ut forme amat posterior adulatio*; y antes bien, para dar el valor de la sinceridad á mis palabras, procuraré abstenirme de toda exageración laudatoria.

Era Cañete literato de profesión, y toda su vida lo demuestra. Podía su amor propio dar más valor del positivo á sus conocimientos, pero este caudal existía; y en ningún país como en España es meritorio el esfuerzo individual del que procura con aplicación y constancia llegar á ser hombre

realmente instruído, á pesar del despego con que el vulgo de lectores... y *críticos* mira la ventaja del estudio, y á pesar de la falta de medio de que adolecemos, por culpa del Estado.—¿Cómo no estimar que Cañete, que hablaba de comedias, conociera el teatro nacional y en parte el extranjero, y las teorías clásicas de la estética dramática, en este país donde se llama sabios á hombres que no saben ni siquiera construir oraciones en que haya la complicación más pequeña? Hoy mismo comienzo yo á leer, con la mayor buena fe, un artículo de un *hombre público* eminente, que llegará á ser académico, si quiere; y á los pocos renglones de lectura me encuentro con una cláusula que empieza, pero no concluye, es decir, que no es cláusula, á pesar del punto final que la remata.

Y el tal autor escribe acerca de la *Pedagogía en lo elemental*... Y no ve que lo elemental es saber, antes de ponerse á escribir, que, una vez adquirido el compromiso de comenzar una oración principal, hay que terminarla, pese á todos los incisos del mundo. Cañete, no sólo concluía sus cláusulas, sino que dedicó grandes esfuerzos de atención y estudio asiduo á los orígenes del glorioso teatro castellano, el cual le debe investigaciones y hasta descubrimientos que los verdaderos eruditos en tal materia estiman no poco, según Marcelino Menéndez y Pelayo me decía hace ya muchos años. No



cabe duda que Cañete hubiera hecho mucho mejor en dedicarse á la erudición, á las antigüedades de nuestra escena, por ejemplo, que insistir, como insistió, en la crítica de actualidad, para la cual hace falta un gusto propio, original y espontáneo, que á él le faltaba casi en absoluto. Esta condición les falta y faltó á la mayor parte de los críticos españoles de *actualidades*. Casi todos, tratándose del teatro particularmente, han juzgado las más veces por motivos extraños á la emoción estética y al juicio consiguiente. El mismo Larra, que fué mucho más escritor de genio, artista, poeta en prosa, que crítico, juzgó de esta manera ajena al arte en ocasiones tan solemnes como las que le ofrecieron *Hernani* y *Antony*.—Revilla llevaba á la butaca del *estreno* al catedrático de literatura, al polemista del Ateneo, no al aficionado verdadero de la poesía dramática, que no existía en él, como confesaba á sus amigos, á mí, por ejemplo. La posteridad, en la que merece entrar, no hará á Revilla la debida justicia si, por miramientos mal entendidos, se deja que el vulgo siga admirándole principalmente por sus artículos de crítica contemporánea, y en particular por sus críticas de teatros. Revilla, como tantos otros, se vió sin brújula muchas veces, y aplaudió lo que el público aplaudía, sin más, y le merecieron elogios autores como Sánchez de Castro y otras nulidades. En

este punto, Cañete fué siempre algo más cauto, y guiándose por su canon, ya que gusto no lo tenía, si aplaudió indebidamente algunas frialdadesseudoclásicas y ciertas vulgaridades de moral casera, pudo resistir mejor la tentación de elogiar extravíos y nimiedades de otro género. Su flaco era *la buena intención*; en cuanto un autor se proponía moralizar, ya tenía á Cañete de su lado. Con esto y un poco de tendencia reaccionaria, se le seducía fácilmente.

También era muy amigo de que se imitara lo más posible á los buenos dramaturgos, y aun prefería la copia á la imitación, como lo probó defendiendo con gran denuedo un drama de Coello, que silbó el público: *Roque Guinart*. El tal Roque era, no sólo tomado á Cervantes, sino á Schiller: y el Sr. Cañete achacó el mal éxito á la circunstancia de no haber copiado bastante el autor español el drama titulado *Los Bandidos*.

Pero, en cambio, hay páginas cuasi gloriosas en la vida crítica de Cañete, y casi todas se refieren á su racional resistencia á las audacias de los modernos, que serán modernos y audaces, pero no poetas dramáticos. Cuando la crítica militante contribuyó escandalosamente al éxito de *La Pasionaria* del Sr. Cano, Cañete fué de los pocos que supieron protestar contra semejante absurdo. Más adelante se rindió al número, admitió á Cano en-



tre los favoritos de las musas... y las fealdades que el crítico del Cano antiguo siguió viendo en el autor de *Gloria...*, se las fué poniendo en la cuenta al Sr. Echegaray, á quien, por cierto, ni Cañete ni Revilla hicieron completa justicia cuando más la *merecía* y más la necesitaba.

Los que quieran conocer las obras de nuestro crítico con suficientes datos para juzgarlas, no se deben concretar á repasar sus artículos posteriores á la revolución. Cañete fué crítico desde muy joven, y fué claro, sincero, leal, allá en tiempo en que nuestra literatura por poco se vuelve tonta. El teatro de Rubí, por ejemplo, nunca tuvo un admirador muy apasionado en el Sr. Cañete, como él mismo nos lo recordaba hace pocos meses. No quiere esto decir que no haya contribuído el crítico de *La Ilustración* á la fama injusta, por excesiva, de autores como Eguílaz y otros por el estilo; pero este punto, el de fijar los méritos y las culpas que por aquella época contrajo el señor Cañete, no puede ser tratado sin datos exactos y numerosos, de que ahora no dispongo.

En resumen: en otro país, Cañete, sin más caudal positivo que el de su *buena educación* literaria, el de sus conocimientos, no hubiera podido aspirar á que se le contara entre los críticos notables de su tiempo; porque en Francia, por ejemplo, hay muchos que tienen la necesaria ilustración, y al-

gunos que tienen el gusto, aún más necesario. En España, en la de ahora, Cañete, tratándose de críticos de teatros, puede ser considerado como uno de los menos malos, porque el gusto que á él le faltó les falta á casi todos, y la erudición que él tuvo, aquí la tienen muy pocos.